

La nueva integración latinoamericana: Globalización, apertura y dinamismo comercial.

Juan Carlos Morales Manzur.

Las nuevas condiciones que prevalecen en el panorama económico latinoamericano y mundial, han propiciado el desarrollo de un renovado espíritu integracionista en el subcontinente, caracterizado por la apertura de mercados, la suscripción de múltiples acuerdos de cooperación y la convergencia de los diferentes esquemas y modelos de integración de la región con la finalidad de dinamizar el comercio entre estos países. Ante esta coyuntura, surgen diversas y difíciles interrogantes sobre la continuidad de la actual situación neointegracionista, tomando en cuenta las variables cambiantes de la economía y de factores exógenos y endógenos de gran complejidad.

Todo ello requiere concebir la integración como un proceso abierto al mundo a la vez que exige la consolidación de la democracia en la región; el afianzamiento de una comunidad regional de intereses y relaciones políticas pacíficas; el robustecimiento de los procesos de integración económica que están en marcha y la promoción de un conjunto de mecanismos de cooperación en el ámbito social y cultural. Este trabajo arroja luces sobre el panorama económico futuro del subcontinente, tomando en cuenta el ideal integracionista, prevaleciente desde principios del siglo XIX y la identidad de los países de la región, con base en la nueva dinámica globalizadora que exige la unión de los países latinoamericanos, con el fin de presentarse ante el mundo como una comunidad de intereses políticos, económicos y culturales, lo cual es necesario frente a los nuevos retos y oportunidades, entre dos siglos.

Introducción

El proceso de Integración en América Latina presenta características que lo diferencian notoriamente del que se conoció al iniciarse el mismo, en la década de 1960.

De un proyecto impulsado como extensión del proceso de sustitución de importaciones a niveles nacionales, con fuerte protección arancelaria, se ha pasado a un modelo de integración que conduce a una acelerada apertura al resto del mundo.

Se ha modificado, pues, el paradigma de la integración. El nuevo paradigma hace de la integración

*“una plataforma para lograr una mejor y más conveniente inserción en los mercados internacionales. Así apreciada, la integración, es hoy, quizá más que antes, un complemento fundamental de la estrategia de crecimiento de los países latinoamericanos si se acepta que ese crecimiento habrá de encontrar un sustento adicional de significación al que brindaban los mercados nacionales exclusivos y excluyentes”.*¹

El cambio fundamental en la filosofía de la integración latinoamericana se expresa también en otros aspectos. La experiencia demostró la inviabilidad de alcanzar el mercado común latinoamericano con un enfoque regional, es decir, con la participación de todos -o casi todos- los países de la región en un solo proyecto, por lo cual la integración latinoamericana constituye actualmente una amplia estrategia de inserción internacional y por lo tanto “no sólo una respuesta a la necesidad de aplicar una nueva estrategia de desarrollo sino una respuesta a las tendencias hacia la formación de bloques económicos regionales”.²

El cambio de paradigma requiere, para que resulte exitoso, de una elevación persistente de la eficiencia productiva a medida que se avanza en el proceso de integración. Este es un requisito reconocido explícitamente por los países que forman cada uno de los subsistemas que se han conformado en la región. En todos ellos “se ha postulado el objetivo de elevar la eficiencia y configurar estructuras productivas que estén en condiciones de competir internacionalmente”.³

La nueva tendencia ha significado el avance en la estrategia de integración subregional. Ello lo demuestra el hecho de que el Grupo andino, después de algunos contratiempos, alcanzó a constituir en 1992 una unión

¹ Véase: “El nuevo paradigma de la Integración y los requerimientos para satisfacerla (Editorial) 1993. En revista Integración Latinoamericana. N° 15. Buenos Aires. P.1

² Véase: Pulgar, T (1995) Integración regional, su estado actual y las características del proceso. En Tablero. Revista del Convenio Andrés Bello (1950). Santa Fé de Bogotá., pág. 37.

³ Ibidem, pág.38

aduanera, aunque con el apartamiento temporal decidido por uno de sus miembros (Perú). El MERCOSUR continuó avanzando en el proceso integrador y en Centroamérica se ha producido el restablecimiento definitivo del Mercado Común que había pasado también por circunstancias sumamente desfavorables en la década de 1980.

De las recientes acciones y acuerdos “parece surgir una significativa tendencia, que esboza un nuevo estilo y el comienzo de otra etapa al proceso de integración de América Latina”.⁴

Esta dependerá de la velocidad con que los países latinoamericanos puedan elevar la eficiencia de sus economías y de la puesta en vigencia de fórmulas organizativas de cooperación destinadas, precisamente, a fortalecer su presencia en los mercados mundiales, de suyo sumamente competitivos, pero, a la vez, todavía proteccionistas en los países desarrollados.

Asimismo:

“El ambiente de optimismo y aliento que caracteriza el proceso integrador europeo y los considerables logros de la integración en América Latina en el pasado y sobre todo en los años sesenta pueden servir de fuente de inspiración de un impulso renovador para la integración en el contexto latinoamericano en los años noventa y siguientes”.⁵

La nueva actualidad de la integración latinoamericana

Para América Latina, las circunstancias presentes tienen contenido preciso. La gran transición mundial del autoritarismo hacia nuevas formas de libertad, democracia y progreso económico y social, comenzó en el continente antes que la misma se diese en otras regiones del planeta. Esta transición no nació en América Latina como efecto automático de un sistema económico maduro basado en amplios márgenes de libertad, que rompía la dominación impuesta por los sistemas autoritarios en la esfera política, ni tampoco emergió con los apoyos económicos y estratégicos que conocieron otros procesos de democratización en el último medio siglo.

⁴ Véase: Vacchino, J (1989) “Esquemas latinoamericanos de Integración: problemas y desarrollo: una aproximación general alterna”. En Pensamiento Iberoamericano. N° 15. Buenos Aires, págs. 57-80

⁵ Véase: Rosenthal, G (1989) “Repensando la Integración” En Pensamiento Iberoamericano N° 15. Buenos Aires, pág. 27

En realidad, las circunstancias que tuvo que atravesar América Latina en la década de 1980 colocaron prácticamente a todas estas naciones ante una disyuntiva que refutaba los modelos de desarrollo político más en boga en años recientes. La democracia no era para estos países un punto de llegada a una meta que coronaba una marcha por etapas en los campos económico, social y cultural, sino que, al contrario, ella "se instalaba en nuestros países como punto de partida ineludible para emprender una transformación derivada de la crisis más grave de cuantas le tocó enfrentar a la región en el curso del siglo XX".⁶

De esta manera, una acción política convergente se vislumbra hacia fin de siglo en tanto requisito indispensable de los procesos de integración económica. Esta acción debe ser global por dos razones principales:

"Debe, en primer lugar, incorporarse a una transformación cultural de trascendencia planetaria (de la cual provienen, obvio parece constatarlo, las mutaciones de orden tecnológico y organizativo) y debe atender, en segundo término, a características de naturaleza también global propias de un proceso de integración pactado entre regímenes democráticos".⁷

La primera razón exige pensar la integración como un proceso abierto al mundo; la segunda, demanda explorar en el mismo cuatro dimensiones básicas, formadoras de un sistema en virtud del cual el éxito en una de ellas se puede ver afectado por el fracaso en cualquiera de las otras. Se tratará, pues, de consolidar una comunidad regional de legitimidades democráticas, de afianzar una comunidad regional de relaciones pacíficas; de intensificar con nuevos contenidos los diversos procesos de integración económica actualmente en marcha; y, por fin, de promover un conjunto de mecanismos de cooperación en el campo del desarrollo social.

La notable expansión de la legitimidad democrática en Latinoamérica es, entonces, la base ineludible de los procesos de integración. Sin la acción eficaz de las instituciones del régimen representativo y sin la mediación responsable que mediante ellas ejercen las élites partidarias, a las cuales debe apoyar una estructura administrativa renovada, se corre el riesgo de repetir los errores pasados. Los procesos de integración económica sin contenido político son inconducentes. Pero también se puede recaer en la

⁶ Véase: Botana, N (1991) "Las grandes líneas temáticas de la Integración en América Latina". En Revista Integración Latinoamericana. Año 16 N° 169. Buenos Aires, pág. 24

⁷ ibidem, pág. 25

equivocación simétrica si la decisión política de un gobierno democrático carece de los recursos burocráticos indispensables para dar a estos procesos eficiencia y continuidad.

Las políticas integracionistas adoptadas en años recientes implican un enfoque diferente. El énfasis se ha trasladado a la modernización del aparato existente, a su capacidad para competir en los mercados internacionales y al mantenimiento de condiciones de estabilidad. Dentro del nuevo enfoque, la protección nacional y la protección colectiva se tienden a considerar como nocivas, en cuanto introducen un sesgo anti-exportador. En la medida en que este nuevo enfoque ha sido incorporado en las políticas nacionales y se trata más de un hecho a ser tomado en consideración que de un asunto a discutir, se hace necesario un replanteamiento de los procesos de integración.

La CEPAL ha denominado a esta nueva aproximación “regionalismo abierto”. La define como el “proceso que surge de conciliar la interdependencia nacida de acuerdos especiales de carácter preferencial y aquella impulsada básicamente por señales del mercado resultantes de la liberalización comercial en general”.⁸

En el marco de este regionalismo abierto, el replanteamiento de la integración económica latinoamericana y caribeña ha debido tomar en cuenta la adopción de nuevos cursos de acción.

“en primer lugar, la apertura a los mercados internacionales de las economías nacionales: las políticas de apertura comercial adoptadas en años recientes condujeron a la reducción de los niveles arancelarios y a la eliminación de muchas barreras para arancelarias, tanto con respecto a los países latinoamericanos como en relación a terceros. Esto, a su vez, condujo a que los márgenes de preferencia en el intercambio comercial perdieran significación, pero permitió también que fuera políticamente más fácil otorgarlos. Por ello, se han podido reactivar los programas de desgravación y han proliferado los acuerdos de libre comercio. Como resultado, el obstáculo de la protección arancelaria es cada vez menos”.⁹

Además de la liberalización comercial, la liberalización de los mercados financieros ha sido otra evolución significativa para los esfuerzos de

⁸ Véase: Sistema Económico Latinoamericano SELA (1995) La Integración de América Latina y el Caribe: de la protección a la apertura. En Revista del SELA. Caracas, pág.9

⁹ Ibidem, pág. 10

integración. En la medida en que tales procesos puedan significar una contribución para la estabilidad macroeconómica y para el desmantelamiento de barreras al intercambio se podrían considerar como un aporte positivo. Pero en la mayoría de los casos esto no ha sucedido, pues las reformas han desembocado a menudo en crisis financieras.

Otra característica de las nuevas políticas económicas es la apertura al capital extranjero. Este punto de vista significa un cambio profundo en la concepción de la integración latinoamericana, pues abandona la importancia que se le atribuía al liderazgo de los propios latinoamericanos y caribeños en el proceso de integración y de desarrollo económico.

Con respecto a lo anteriormente expuesto, se puede afirmar que América Latina y el Caribe han experimentado un importante cambio estructural con respecto a las concepciones y realizaciones integracionistas del pasado, y que éste es el resultado de dos influencias principales: a) en la esfera política, (ya destacada) el advenimiento de sistemas democráticos en la gran mayoría de las naciones; y b) en el ámbito económico, al nivel de casi todos los países de la región, la apertura comercial y la liberalización de las economías.

En ambas esferas se hacen notar a su vez, los efectos de las profundas transformaciones ocurridas en los últimos años en la política y la economía mundial, los que se reflejan en los países de América Latina y del Caribe, entre diversas consecuencias, en la introducción casi sin contrapeso de ideologías de carácter neoliberal.

Por su parte, la aplicación concreta de dichas ideologías se ha traducido:

“En modelos de política económica que privilegian sobre cualquier otra consideración al mercado como asignador de recursos, la apertura al comercio internacional y la liberalización de la economía, un papel subsidiario para el Estado, y la búsqueda de los equilibrios macroeconómicos”.¹⁰

Son los procesos de apertura y liberalización del sector externo de los países de la región, al contrario de lo que se pudiera esperar, los que han contribuido de modo significativo al resurgimiento en la región de iniciativas de integración de mayor alcance y profundidad que en el pasado.

¹⁰ Véase: Gana, E (1989) “Los cambios estructurales de la Integración Latinoamericana y Caribeña: En Pensamiento Iberoamericano N° 15, Buenos Aires, pág.3

Una mirada al escenario mundial y regional

Los cambios en el entorno mundial

Para comprender mejor las significativas transformaciones de la situación política y económica de los países de América Latina y el Caribe, hay que partir del hecho que el escenario mundial ha experimentado una verdadera transmutación en el pasado reciente.

En el aspecto puramente político, la humanidad se ha visto enfrentada a diversos acontecimientos revolucionarios, como el derrumbe de la URSS y la consiguiente crisis de las repúblicas que la integraban y seguían su modelo; la tendencia a universalizar la adopción de formas democráticas de gobierno; el resurgimiento de los nacionalismos y las consiguientes luchas por imponer los derechos de las minorías étnicas; y la culminación de un unipolarismo militar hegemónico, entre otras transformaciones.

Por su parte, en el plano de la economía internacional también se perciben importantes cambios en las modalidades de organización de los sistemas de producción; en los procesos de internacionalización, transformación y globalización; en las maneras en que se relacionan las economías desarrolladas entre sí y con las de los países en desarrollo; en la multilateralización versus el regionalismo: en la creciente importancia y movilidad de las corrientes financieras mundiales; en el predominio de la orientación hacia estructuras de economía de mercado; y por último, la multipolarización de los centros de supremacía económica mundial, a vía de ejemplo.

Así, las tendencias a la internacionalización y la globalización, por un lado, y a la regionalización, por otro, son fenómenos que hoy en día actúan en direcciones contrapuestas en la economía internacional. Todo ello está acompañado —o causado— por un espectacular cambio en los patrones tecnológicos; por una modificación de la importancia relativa de los principales mercados, con una creciente ponderación de algunas regiones de Asia en la economía mundial; y por un incremento de la movilidad del capital internacional.

En cuanto a los avances en la tecnología, es indudable que el más destacado es la simbiosis que se ha producido entre los sistemas de comunicación y los progresos en la computación, que permiten transmitir

información y conocimiento, a la velocidad de la luz, a todos los rincones del planeta. La informática, que es el resultado de esta alianza, ha convertido al mundo en un espacio "global" en lo económico y particularmente en lo financiero.

Por su parte, la computación y los dispositivos de control numérico aplicados a la producción, han terminado con el "gigantismo" de las plantas industriales y contribuido a flexibilizar los procesos adaptándolos a la innovación que fluye de manera continua desde los centros desarrollados. La revolución tecnológica ha creado nuevas pautas de consumo y modificado los modos de producir. De manera simultánea, el sector de los servicios ha pasado a protagonizar un papel decisivo en el desarrollo de la economía mundial.

Surge, al mismo tiempo, la preocupación por el medio ambiente y el desarrollo sustentable después de siglos de depredación de los recursos naturales y de deterioro de las condiciones de vida de las poblaciones. Este es un elemento adicional que influirá en el intercambio internacional y en los modelos de desarrollo.

Por otra parte, los precios de las materias primas han caído en términos reales, así como ha disminuido la importancia relativa del trabajo en el proceso de producción, como consecuencia de las nuevas tecnologías que permiten que el aumento de la productividad supere el crecimiento de la demanda. Todo esto obliga a los países en desarrollo a repensar las fórmulas más eficaces para insertarse de manera adecuada a la economía mundial.

Es así, como la nueva conformación de la economía se basa fundamentalmente en el poder del conocimiento y de la información más que en los recursos naturales y la cantidad de fuerza de trabajo disponible.

Todos estos procesos se encuentran aún en marcha y seguirán generando nuevas estructuras de relacionamiento en la política y la economía internacional.

Unido a todo esto está el fenómeno de la globalización. El término globalización posee muchas implicaciones. Lo importante es entender que la globalización no es sólo un fenómeno económico y, posiblemente, ni siquiera sea su aspecto más importante. Se vive en un mundo que desde hace tiempo dejó de estar compuesto de países y naciones aisladas. Innumerables conceptos trataron de usarse para explicar esa realidad: la expansión económica europea, el colonialismo, las migraciones internacionales, el colo-

nialismo cultural, el imperialismo, la dominación ideológica, casi todos ellos inspirados a partir de ideologías de izquierda.

Se puede caracterizar a la globalización bajo las siguientes premisas:¹¹

1.- La globalización no es un hecho aislado ni de última hora; se relaciona con el desarrollo del capitalismo internacional y del sistema interestatal, constituye un nuevo momento del proceso de internacionalización, que para algunos corresponde y para otros supera al de las empresas transnacionales.

2.- La globalización no es algo acabado; es una tendencia que se desenvuelve desigualmente y que, como tal, no es inevitable ni irreversible.

3.- Ofrece una nueva perspectiva para el análisis de las relaciones sociales. Implica una ruptura cualitativa con el pasado y como signo de que esas relaciones tienen otro carácter, muchas conexiones se vuelven instantáneas. Modifica las nociones de espacio y tiempo.

4.- La globalización impulsa los procesos en que las redes de comunicaciones y los sistemas de producción entrelazan los niveles locales y globales, por lo que las relaciones sociales no pueden ya concebirse solo en términos locales.

5.- Para algunos autores, la globalización de la que hablan los globalizadores a ultranza es un mito. En rigor, tal fenómeno supone el desarrollo de una nueva estructura económica y no sólo un cambio coyuntural hacia un mayor comercio e inversión internacionales, dentro del sistema ya existente de relaciones económicas sino al nivel de integración, interdependencia, apertura de las economías nacionales.

6.- La globalización se entrelaza e incluso supone una profunda reestructuración, esto es un proceso que modifica las formas de producción y distribución de bienes y servicios y que se desenvuelve en las empresas y otras organizaciones y afecta el movimiento todo del capital y de la fuerza de trabajo.

7.- La globalización no es realmente global. Las actividades comerciales de las transnacionales se concentran en el mundo industrial y en enclaves dispersos del mundo subdesarrollado. Y sin embargo, los procesos de globalización están alterando el carácter de las naciones en todas partes y la calidad de vida dentro de sus fronteras. Y al mismo tiempo el nacionalismo está en ascenso.

¹¹Véase: Aguilar, A (1998). "Soberanía Nacional y Unidad Regional en el contexto de la Globalización. En Revista Desarrollo N° 109. Año XXXII (Mayo) Barranquilla, págs. 44-45

8.- En fin, lejos de que la globalización traiga consigo una armoniosa y equitativa interdependencia, en la medida en que es una fase de transición de viejas a nuevas y más complejas formas de operación del capital, en ellas se acentúan la dependencia, la incertidumbre y la inestabilidad, así como sus múltiples contradicciones.

Por supuesto, América Latina y el Caribe no han estado ajenos a estas grandes transformaciones. Sobre los países de la región no sólo han influido las mutaciones señaladas, sino asimismo las corrientes de pensamiento que se imponen desde los centros desarrollados y de las instituciones multilaterales de crédito –Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional-. Casi siempre estas “recetas” de naturaleza neoliberal son adoptadas en países de la región en términos que superan ampliamente lo que podría ser su utilización en las propias economías desarrolladas.

América Latina: De la década perdida a la mundialización de la economía

Para los países de América Latina, los años noventa significan importantes cambios con respecto a la década anterior. En efecto, las naciones de la región que enfrentaron con éxito los dolorosos procesos de ajuste en sus economías y empiezan a experimentar evidentes signos de recuperación en el crecimiento del Producto Nacional y un mayor control sobre la inflación y los desequilibrios en las variables macroeconómicas. Al mismo tiempo, y como consecuencia de las mejores perspectivas de desarrollo, se reinicia la entrada de capitales extranjeros interrumpida cuando se desencadenó la crisis de la deuda externa en 1982.

Cabe recordar que los años ochenta, signada como la “década perdida”, constituyó para los países de la región un gran retroceso en el nivel de vida de sus poblaciones al disminuir en términos absolutos el ingreso por habitante y empeorar su distribución. En muchas de las naciones de América Latina comienza en este período la aplicación de rigurosas políticas de ajuste estructural, cuyo propósito central era crear condiciones para el servicio de la abultada deuda externa y lograr superar los desajustes macroeconómicos.

El nuevo modelo de política económica que adoptaron muchos de los países latinoamericanos y que acompañó por lo general a los procesos de

ajuste, es de corte esencialmente neoliberal, y consiste fundamentalmente en la apertura de las economías a la competencia internacional; en la limitación de las funciones del Estado, mediante una notoria disminución de sus actividades y del traspaso de la propiedad de las empresas estatales al sector privado nacional y extranjero y también a transnacionales públicas de otros países; y en la búsqueda de la estabilidad de los precios internos a través de los equilibrios macroeconómicos.

La apertura de las economías latinoamericanas

En relación con la apertura de las economías latinoamericanas, un factor común a todas las reformas emprendidas es la liberalización del comercio exterior mediante importantes rebajas de aranceles y la eliminación de una parte importante de las barreras no arancelarias. Algunos países, como Argentina, Chile y Bolivia, por ejemplo, se abrieron también parcialmente a los movimientos de capital. Estas y otras naciones también tuvieron experiencias de liberalización financiera de la banca, con severos problemas iniciales debidos con seguridad a una apertura temprana en relación con la marcha del proceso de estabilización macroeconómica de las economías.

Con respecto a las barreras no arancelarias, es notoria su disminución o eliminación en todos los países de la región, en particular en lo que dice tener relación con las licencias previas de importación, las restricciones cuantitativas, y otros obstáculos administrativos o burocráticos al comercio. El empleo de instrumentos no arancelarios llegó a constituir, en algunos países, una maraña de dispositivos, a veces de efecto contradictorio, que obligó a los gobiernos a proceder a su simplificación o supresión, a fin de dar transparencia y coherencia a las políticas referidas al sector externo.

“Las consecuencias de la apertura se reflejan de distinta manera en las demandas y ofertas globales y sectoriales de un país en particular. El impacto sobre la demanda consiste en incrementar la cantidad, calidad y diversidad de los bienes y servicios disponibles, y en corregir los precios relativos de los abastecimientos nacionales e importados. Por lo general, el proceso de apertura conduce a un aumento del bienestar de

la población en su papel de consumidores".¹²

Pese a que en la actualidad son cada vez menos los que cuestionan los beneficios que la apertura ha significado para las economías de la región, se nota cierta insatisfacción porque la liberalización no ha ido acompañada de políticas activas de reasignación de recursos con el objeto de obtener una mayor competitividad internacional. En especial, se critican: i) las aperturas unilaterales sin contrapartida, en una situación internacional donde el proteccionismo sigue activo y donde el comercio internacional crece a tasas más lentas que en el pasado; ii) los escasos esfuerzos por desarrollar ventajas comparativas adquiribles en bienes y servicios con mercados dinámicos; y iii) las desregulaciones en los mercados financieros y en la cuenta de capital de la balanza de pagos, que han entorpecido la reasignación de recursos que se buscaba con la liberalización comercial, al provocar apreciaciones y altas tasas de interés, las que desincentivan la inversión productiva y, simultáneamente, concentran recursos en operaciones puramente financieras o especulativas.

Como se ha podido apreciar, el conjunto de transformaciones ocurridas, tanto en el entorno internacional como en las políticas y estructuras nacionales de los países de la región, y en particular el avance en la apertura comercial y la liberalización de las economías, se ha traducido en un incremento y profundización de las relaciones de cooperación entre las naciones latinoamericanas y caribeñas. Todo ello con el trasfondo de las experiencias dejadas por la crisis de los años ochenta, y los desafíos de modelos abiertos a la competencia internacional en un mundo de riesgo e incertidumbre.

Por otra parte, y como se ha señalado en el ámbito político propiamente tal, los regímenes autoritarios que abundaron en la región en los años ochenta han sido reemplazados por gobiernos elegidos de manera democrática. Como ya se ha destacado, esto ha permitido frecuentes contactos entre los gobiernos y diálogos cada vez más fluido entre los distintos agentes políticos y económicos de los países, lo que ha creado un ambiente altamente favorable al desarrollo de iniciativas de intercambio comercial, inversiones intralatinoamericanas, creación de empresas conjuntas y otras realizaciones similares.

¹² *Ibidem*, pág. 91

Todos estos aspectos han sido centrales en la estructuración de una nueva forma de hacer integración en América Latina y el Caribe.

En síntesis, en los últimos años se ha avanzado con más velocidad y profundidad que en cualquier período anterior de la integración, a través de diversas fórmulas y con los países latinoamericanos y caribeños organizándose en distintas agrupaciones bi o plurinacionales, en consonancia con las nuevas orientaciones de las políticas internas de apertura de las economías de la región y de las transformaciones del entorno internacional.

Por otra parte, la experiencia acumulada a través de más de treinta años ha ayudado a evitar situaciones que hacían que los procesos se frustraran por falta de realismo político. Por último, es seguro que la apertura democrática ha jugado un papel decisivo en los avances en la integración, al abrirse los cauces de comunicación entre los gobiernos de la región y disminuir las tensiones geopolíticas.

América Latina: retos de cara al siglo XXI

Los actuales retos de América Latina son enormes: nuevas prácticas de comercio internacional para organizar la producción y distribución de los nuevos productos y procesos productivos; grandes convergencias regionales e intereses divergentes entre los países desarrollados y en desarrollo; una dinámica mundial que disocia cada vez más a las economías pobres de las que poseen el conocimiento y los recursos humanos y materiales, y una lucha desmedida y desigual por capturar los recursos para la inversión productiva.

Para alcanzar el crecimiento participativo y sustentable, la inserción externa debe fundamentarse en una nueva estrategia.

“Es indispensable que dicha estrategia se apoye en la participación de la sociedad en todos los niveles de decisión, en la producción y la distribución. Solamente así América Latina será capaz de abastecer sus propias necesidades internas y regionales y competir con eficiencia en los mercados internos y mundiales”.¹³

¹³ Véase: Cordero, M y Rock, C (1995) “América Latina en el nuevo entorno internacional”. En Comercio Exterior, Vol. 45. Número 8. México, pág. 579

Como se ha señalado, a comienzos de los ochenta se observaba un debilitamiento del ideario y de los procesos de integración regional en América Latina. Ello se debía a un conjunto de condiciones negativas: la existencia de regímenes autoritarios para los cuales estas temáticas carecían de relevancia; las dificultades de integrar economías con altos grados de proteccionismo; la crisis de la deuda externa y la recesión de comienzos de la década que hubieran podido reactivar dichos procesos, pero que más bien tuvieron efectos contrarios.

Progresivamente, desde la creación del Grupo de Contadora como forma de concertación política para mediar en el conflicto centroamericano, -que luego se convertiría en el Grupo de los Ocho, y, finalmente, en el Grupo de Río-, la suscripción de tratados económicos bilaterales, la creación de nuevos referentes sub-regionales, el ingreso de México al NAFTA, entre otros aspectos ha ido configurando la actual situación de los procesos de integración, caracterizada por la existencia de diversas asociaciones económicas y políticas, de las cuales la más importante es el MERCOSUR.

Nuevamente se insiste en que América Latina tiene necesidad, como en efecto la tiene, de insertarse, de manera activa, en el mundo de los negocios internacionales.

“Pero esta inserción no puede ser para perpetuar su condición de continente marginal; sin objetivos ni políticas propios, sin capacidad creativa y sin voluntad para romper con los fuertes lazos de la dependencia. En estos momentos en los que se predica y se impulsa a los países hacia la globalización de la economía ¿pueden los países de América Latina continuar tan separados como siempre lo han estado y sin tener una organización y una estrategia comunes?. ¿Cómo pueden estos pueblos participar ventajosamente en ese proceso si no se corrige esa conducta que los lleva a actuar como simples satélites y sin una plataforma común que les permita negociar las mejores condiciones posibles para insertarse en la economía mundial?. En una sociedad internacional, como la que siempre ha existido, que responde más a los intereses de las grandes potencias que al hambre y a las necesidades de los pueblos, los países no pueden actuar aisladamente. Si en el mundo de la naturaleza el pez grande se come al chico, en el país de los humanos el más fuerte se devora al más débil”.¹⁴

¹⁴ Véase: Andueza, J (1994) “La Globalización de la economía y el proceso de Integración”. Ponencia presentada en el I Encuentro Binacional Colombo-Venezolano. Universidad del Zulia, Maracaibo, pág. 5

América Latina, que se debate entre la pobreza y la desesperanza, tiene que constituirse

“en un solo bloque, con sus disparidades y sus contradicciones, pero también con su voluntad de levantarse y con su capacidad creativa para contribuir al diseño de un nuevo mundo, que en otros momentos lo fuimos, y que ha sido y sigue siendo el sueño de muchas generaciones”...¹⁵

Conclusión

El éxito de los procesos de integración que involucran a América Latina está condicionado, primero, al abandono de la visión del Estado mínimo que predica el modelo “puro” de economía de mercado y su reemplazo por la visión del Estado necesario, política, económica y socialmente sustentable –de acuerdo al modelo de “economía social de mercado”, que haga realmente viable, o mejor, que realmente modernice la integración; y segundo, y tan importante como un Estado necesario, el éxito de cualquier esquema de integración en Latinoamérica requiere de la previa existencia de una empresa dinámica y abierta al cambio, capacitada para insertarse y competir en mercados de calidad total. Empresas y empresarios de este tipo son condición *sine qua non* para superar la falta de capacidades técnicas, la escasa globalidad en las decisiones, la incapacidad gubernamental para vencer intereses empresariales laborales anti-integracionistas o la carencia de empresas en sectores punta.

Con una integración económica fundamentada en proyectos nacionales que integren cultural y socialmente a las sociedades de los países latinoamericanos, se podrá pasar de los “técnicamente” exitosos procesos de ajuste interno, a programas de ajuste éticamente sustentables, es decir, a programas de ajuste que distribuyan más equitativamente los costos sociales de los mismos. De esta manera se podrá alcanzar no sólo estabilidad macroeconómica y altas tasas de crecimiento, sino también competitividad microeconómica y la superación de los graves problemas de pobreza extrema.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 6

No obstante, para que el conjunto de las iniciativas integracionistas latinoamericanas contribuyan a crear un comercio hemisférico más libre, diversificado y equitativo, es imperativo —como ya se ha afirmado a lo largo de este artículo— que los países latinoamericanos se aboquen coordinadamente a definir y avanzar auténticos y realistas proyectos nacionales que permitan, entre otras cosas, continuar y profundizar sus esfuerzos de apertura y sus iniciativas bilaterales y subregionales de integración.